

LOS JUDIOS EN LAS OBRAS DE QUEVEDO

ENTRE la varia bibliografía que estudia los múltiples e interesantes aspectos sugeridos por la personalidad vital y literaria del Señor de la Torre de Juan Abad¹, nos parece haber pasado inadvertida hasta el momento la consideración del saber hebraico y bíblico que atesoraba el genial escritor madrileño. A señalar ambas facetas tiende la modesta aportación que preparamos para los *Anejos* de esta *Miscelánea*, donde, en principio, recogíamos también las referencias que en el recorrido por la ingente obra de Quevedo se sorprenden con respecto a los judíos de modo genérico, la mención de alguna obra literaria cumbre del judaísmo, y sus alusiones a ciertos autores judíos medievales. Sin embargo, como la lengua hebrea que conocía el autor, aprendida en la Universidad de Alcalá, y el empleo que hizo de la Biblia en sus escritos apenas guardan relación con el tema de los judíos, preferimos reservar estas notas para ofrecerlas como uno más de los contrastes apenas insinuados. Conservamos, no obstante, al final de aquel trabajo nuestras deducciones sobre «*las fuentes rabínicas y judaicas*» utilizadas por Quevedo; y traemos aquí lo que en él hubo como reflejo de la mentalidad española de su tiempo, según define a los judíos, indignado, en *La isla de los monopteros*:

¹ *Las almas de Quevedo* tituló a su discurso Agustín González de Amezúa, pronunciado el día 17 de febrero de 1946 «para conmemorar el III centenario de la muerte de don Francisco de Quevedo y Villegas». Madrid, Aguirre, 1946.

«Son hombres de cuadruplicada malicia, de perfecta
 »hipocresía, de extremada disimulación, de tan equívoca
 »apariciencia, que todas las leyes y naciones los tienen por
 »suyos. La negociación les multiplica caras y los manda
 »los semblantes, y el interés los remuda las almas².»

Quienes cargan rotundamente contra Quevedo «antisemita»³ quizá le han juzgado sin detenerse a considerar debidamente las razones y circunstancias que tuvo en cada momento para mencionar a los judíos. Ciertamente que sirven a veces a sus temas como punto de contraste, y otras para aducir testimonios o pautas de conducta.

Para él eran judíos tanto los Patriarcas y los peregrinos de Egipto, como los contemporáneos de Jesucristo, los expulsados de España y quienes colaboraron o estuvieron a punto de servir a la política del Conde-Duque de Olivares; es decir, todos los miembros de aquel pueblo sin distinción de época ni lugar⁴. De ahí que tanta mención a «los judíos» haga creer a primera vista en un contumaz antijudío, mientras, por otro lado, le encontramos sirviéndose de la lengua hebrea y la literatura rabínica ya en sus primeras obras doctas: *España defendida* (1608) y *Lágrimas de Hieremías castellanas* (1613). Hecho contradictorio, porque, si fue su enemigo intelectual y sentimental, debiera siempre ser consecuente con su criterio y limitarse a verter dictérios, y desconocer o callar toda faceta judaica positiva.

Parte de la confusión radica en los matices y nombres acuñados para distinguir a los judíos en los distintos momentos históricos. Quevedo comprende a veces en el término a los de todos los tiempos, especificando:

«Pacíficamente gozan, por el privilegio de las escrituras
 »divinas, los hebreos posesión de la primacía en los

² Cap. XXXIX de *La hora de todos y la fortuna con seso*. Tomo XXIII de la Biblioteca de Autores Españoles (B. A. E.), p. 416a.

³ En momento alguno tuvo Quevedo nada contra lo musulmán, salvo una alusión a Mahoma por sus imitaciones del judaísmo. Vid. *La constancia y paciencia del Santo Job*, ed. B. A. E., t. XLVIII, p. 223.

⁴ Vid. *Hebreo, Israelita, judío (breve disquisición filológica)* de David Gonzalo Maeso, en *Cultura Bíblica*, XVIII (1961) n.º 176. (En Feb.), pp. 3-14.

»tiempos, *bien que no con este nombre de hebreos, sino con el de judíos*. Estos fueron los que tuvieron su primer padre de las manos de Dios en la primera tierra, y de él vinieron todos por graduada sucesión⁵.»

reiterando esta circunstancia:

«Esto lo aprendió la gentilidad de la verdad que el Espíritu Santo comunicó a los hebreos en la Sagrada Escritura⁶.»

Ello no obsta para que, en el aspecto religioso estricto, se muestre intransigente y señale en ellos la ceguera por dejar de reconocer al Mesías en la persona de Jesucristo. Actitud que no perdona a los que correspondió participar en el drama más trascendental de la historia de la humanidad.

La judaica incredulidad

Ni por un momento dudó el autor del *Buscón* en cuanto a la elección divina que recayó sobre el antiguo pueblo hebreo, pese a que aplique al de su época los calificativos que hallamos en el Antiguo Testamento: «pueblo endurecido»⁷, «entorpecido y deslumbrado»⁸, de «corazones empedernidos»⁹. Del mismo modo que repetidamente afirma que el hebreo es la lengua santa por excelencia y elogia su singular precisión, añade que el «siríaco» (arameo?) «era la lengua que después de la cautividad se hablaba»¹⁰ entre ellos; y culpará de la corrupción del léxico castellano a los judíos medievales:

⁵ *España defendida, y los tiempos de ahora, de las calumnias de los noveleros y sediciosos* (E. D.), cap. V, p. 358. 2.ª ed. Astrana. Madrid, Aguilar, 1941.

⁶ *Su espada por Santiago, solo y único Patrón de las Españas*, escrita en 1628. Tomo XLVIII, B. A. E., p. 434b.

⁷ *Política de Dios y gobierno de Cristo Nuestro Señor* (P. D.), 1.ª parte, cap. II, p. 12a, t. XXIII B. A. E.

⁸ P. D. 1.ª XVI, 31b.

⁹ *La constancia y paciencia del santo job*, p. 215b.

¹⁰ *La primera y más disimulada persecución de los judíos contra Cristo* (P. J.), t. XLVIII B. A. E., p. 367b.

«Las voces hebreas no son tan antiguas en el español
 »como la gramática, la cual estuvo con la lengua propia,
 »que éstas en la lengua antigua introdujeron los judíos que
 »mancharon a España. ¡ Maldita inundación ! Estos borra-
 »ron lengua, palabras y obras y nobleza en gran parte, y
 »tuvieron asistencia principal en Toledo... Y si éstos es-
 »tuvieron en Toledo tanto y desde tan antiguo tiempo,
 »siendo Toledo la corte de nuestro lenguaje y lo más ele-
 »gante siempre, ¿qué mucho que mezclasen muchas pala-
 »bras con nuestro idioma y lo turbasen»¹¹.

Para el vulgo castellano el judío era repulsivo en especial por su participación en el cumplimiento de las profecías mesiánicas. Quevedo únicamente recoge:

«Grandes injurias habían dicho a Cristo los judíos, es-
 »cribas y fariseos, llamándole comedor y endemoniado y
 »otras cosas tales»¹².

Y carga a cada uno con su culpa en la Crucifixión:

«Romanos crucificaron a Cristo con las manos; los ju-
 »díos, con el decreto y con la voluntad, aunque Jerusalén
 »era de judíos. Por ser el presidio de Roma y estar por Ro-
 »ma, y decir que la entregaron a los soldados, colegimos
 »que fueron romanos, y por no entender la palabra «Eli,
 »Eli», que, si fueran hebreos, la entendieran»¹³.

Los judíos deseaban la llegada del Mesías prometido a Israel por los profetas¹⁴, y cuando vino, le desoyeron. Es el pecado de incredulidad que don Francisco les achaca con insistencia:

«—No es enfermedad curable incredulidad nacida de
 »ingratitude. Esta es y fue y será la dolencia de los pérfidos

¹¹ E. D. IV, 341-342.

¹² P. D. 2.^a V, 52a. Vid. después ampliación de esta cita.

¹³ E. D. IV, 348b. Aiude a Mt 27⁴⁶.

¹⁴ P. D. 1.^a II, 11b.

»judíos ; ésta llora sobre todos ellos su rey David, salmo »CIV... Esta es la dolencia obstinada de los judíos»¹⁵.

«—Esta enfermedad adolecieron mortalmente los ju- »díos. Eran soberbios por sí y por todos los que los trata- »ban y se fiaban dellos»¹⁶.

«—Hizo las heridas de Cristo la judaica increduli- »dad»¹⁷.

«—San Juan Bautista fue tal en santidad, en nacimien- »to, en predicación y en oficio, que no deseaban más par- »tes los judíos en un hombre para tenerle por Mesías ; y »viendo que de parte de la ceguedad del pueblo estaba la »duda... su vida no la gastó en otra cosa que en desenga- »ñarlos y enseñarles la verdad»¹⁸.

La prestancia de Jesús les equivocó porque estaba en des- acuerdo con el ideal que se forjaron, pese a que «bien sabían los judíos de las palabras de David, en el **P**salmo 2, que el Rey Cristo Jesús, Mesías prometido, había de traer cetro de hierro»¹⁹ ; y «los profetas le predijeron humilde y pobre y escarnecido y desfi- gurado en la cruz»²⁰. En cambio, «dos más hebreos, con rabí Salomón, sobre Zacarías, esperan el Mesías en esta forma, con familia, ejércitos y armas, y con ellos que los libre de los romanos»²¹.

El asunto sugirió a Quevedo en 1619 el título y tema para una de sus obras²², donde dice que «estando la venida suya en el Mesías, cuando vino y le vieron, le crucificaron»²³. Era su conducta habitual desde los siglos lejanos :

¹⁵ *Virtud militante contra las cuatro pestes del mundo* (C. P. M.). Ingratitud. T. XLVIII B. A. E., p. 112b.

¹⁶ C. P. M. Soberbia, 122b.

¹⁷ P. D. 2.^a XX, 87a.

¹⁸ P. D. 1.^a XVII, 21a.

¹⁹ P. D. 2.^a VI, 53a.

²⁰ *Vida de San Pablo Apóstol* (V. S. P.). T. XLVIII B. A. E., p. 21a. Vid. tam- bién P. D. 2.^a IX, 60b. referido a M. 21 y Mr. 11.

²¹ P. D. 1.^a II, 12a.

²² *La primera y más dramática persecución de los judíos contra Cristo Jesús y contra la Iglesia en favor de la Sinagoga*.

²³ P. J. 365a.

«—Con esta falsedad abominable, preciándose de
»acusadores y falsarios de la santidad, persiguieron los
»judíos a los profetas ; dejaron a Dios por los ídolos ; cru-
»cificaron a Cristo, y persiguieron en todas partes a San
»Pablo»²⁴.

«—El pueblo hebreo primero creería a los ojos que a
»la boca, como se vio en Cristo, que siendo Palabra ni le
»creieron»²⁵.

Incluso el propio Saulo de Tarso, un tiempo obcecado perti-
naz, estuvo entre los incrédulos y «como fariseo, no cree que es
el Ungido ni el Mesías, que se llama Cristo»²⁶, aunque había sido
»discípulo de Gamaliel en la doctrina de la ley de Moises, ense-
»ñanza con que después a los *hebreos* convenció de que en Jesús
»se había cumplido»²⁷.

Pero Quevedo es todavía más elocuente en verso, al concre-
tar todo el proceso incrédulo de los judíos contemporáneos de Je-
sucristo en dos octavas reales del poema «*A Cristo resucitado*»²⁸:

Es tal la obstinación páfida hebrea,
que el bien que deseaban y esperaron,
temen llegado y temen que suceda ;
buscaron luz y en viéndola segaron.
Cuando con ansia inútil, ciega y fea,
para sus almas muertas ya guardaron
sólo sepulcro, el que sirvió de cuna,
al que vistiendo el sol pisa la luna.

Levantáronse en pie para seguirle,
mas los pies de su oficio se olvidaron ;
las armas empuñaron para herirle,
y en su propio temor se embarazaron :

²⁴ V. S. P. 42a.

²⁵ *Lágrimas de Hieremias castellanas* (L. H.). Ed. Edward M. Wilson y José Manuel Blecuá. Anejo LV de la *Revista de Filología Española*. Madrid, 1953, p. 121.

²⁶ V. S. P. 18a.

²⁷ V. S. P. 7b. Aquí por «hebreos» comprende a «las gentes y los judíos, que eran impedimento a la libertad del Evangelio», como aclara más adelante (V. S. P. 29a).

²⁸ *Poesías* (selección de Janer para B. A. E., t. LXIX) (P.), composición n.º 74b, p. 341b.

las manos extendieron para asirle,
mas viendo vivo al muerto, se quedaron
de vivos tan mortales y difuntos,
que no osaron mirarle todos juntos.

Y en otro lugar se maravilla de semejante actitud, después de los prodigios que presenciaron:

¿Si vistes a las piedras quebrantarse
en la muerte de Cristo con violencia,
en su sepulcro, cómo a su obediencia
dudáis, que dejarán de levantarse?²⁹.

Por lo demás, mientras Cristo reina eterno en el Cielo, los judíos siguen con su esperanza mesiánica cada vez más diluida, víctimas de sucesivos impostores que en nuestra Era han alentado su incredulidad hacia el Hijo de María Virgen, y a los que, descubiertos, tuvieron que castigar ellos mismos por el engaño. Quevedo, en ésta como en tantas otras cuestiones, se situó cordialmente en la corriente de la Iglesia Católica.

Anti-Judas

Sorprende el afán de nuestro poeta en insinuar a veces una relación parental de los judíos con Judas, sobre todo en sus composiciones de mayor alcance popular. Para «el varón de Cariot», al igual que para el demonio en cualquiera de sus denominaciones, encontramos repetidos en todas las obras de Quevedo los más crudos desprecios y maldiciones. Varias veces alude al hecho de la entrega de Cristo por Judas³⁰, destacándose en el «*Poema heroyco, de las necedades y locuras de Orlando el Enamorado, dirigido al hombre más maldito del mundo*»³¹, donde no encuentra con quien mejor compararle que con Judas:

²⁹ P. 729, p. 329a, soneto sacro XXXV, en que «Reprehende la ceguedad de los judíos en guardar a Cristo muerto en las clausuras de las piedras, habiendo visto que se quebraron en su muerte».

³⁰ Sonetos 716, 717 y 722, y ovillejo 737.

³¹ P. 656, pp. 287 ss.

También las ansias y la basca
 de aquel maldito infame basilisco
 Calafón de Maganza, par de Judas,
 más traidor que las tocas de las viudas,

 ánima condenada, entretenida
 en dar a Satanás almas de renta,
 judísimo más sin Escariote,
 honra entre bofetones y garrote.

 pues era el plus-ultra desvaríos,
 el non plus-ultra perros y judíos.

Si mala tinta tiene para Judas, no escapan mejor los judíos en el *Sueño del Infierno*, cuando departe con el traidor en primera persona:

«Y has de advertir que yo solo soy el dispensero que
 »se ha condenado por vender, que todos los demás (fuera
 »de algunos) se condenan por comprar. Y en lo que dices
 »que fuí traidor y maldito en dar a mi Maestro por tan
 »poco precio, tienes razón: y no podía hacer yo otra cosa,
 »fiándome de gente como los judíos, que era tan ruín que
 »pienso que si pidiera un dinero más por él no me lo to-
 »maran. Y porque estás muy espantado y fiado en que yo
 »soy el peor hombre que ha habido, ve ahí debajo y verás
 »muchísimos tan malos»³².

Los judíos de su tiempo

En el capítulo IV de *España defendida* incluye una referencia a la legislación medieval castellana en orden a los judíos, aunque al propósito trataba *De la lengua antigua (de España) y de la de ahora*³³. El articulado de aquellos Fueros y la legislación restric-

³² *Las zahurdas de Plutón o Sueño del Infierno*, t. XXVIII. B. A. E., p. 316b.

³³ Merecería cotejar detenidamente el dato que apunta: «Ahora cuatrocientos y siete años que ha que se escribió este Fuero Juzgo», por si hay que rectificar alguna fecha. De no haber equivocado Quevedo el documento, debemos señalar la cita de

tiva para con los hebreos estaban olvidados ya en el siglo XVII, porque el Edicto de 1492 había superado todas las diferencias raciales, religiosas, sociales, económicas y políticas que pudieron existir entre cristianos, y moros y judíos. El Decreto y la expulsión, sin embargo, habían ocurrido apenas siglo y medio antes, por lo que permanecía en el ambiente aún la mentalidad antijudía que se exaltó con tan drástica decisión de los Reyes Católicos. La masa española del siglo de los validos conservaba en su ánimo un concepto primario sobre las gentes de aquella religión, que el tiempo no había sido capaz de borrar totalmente. La expulsión —según creencia popular— no llegó por un motivo baladí, ni solamente por cuanto el Decreto apunta³⁴, sino que la expatriación fue factible por la acusación de deicidio, más el recuerdo de ciertos crímenes cometidos por judíos a lo largo de la historia española medieval, que la leyenda cuidó de perpetuar. De ahí que, sin culpar al famoso literato como partícipe de creencias antijudaicas³⁵, nos inclinamos a creer que la presencia del tema en su obra sea natural reflejo del ambiente, matizando Quevedo la diferente actitud judía que marca la estancia de Jesucristo entre los hombres.

Su siglo era todavía propicio contra ellos por razones difícilmente concretables. Como quiera que fuese, ya había él razonado en *La primera persecución de los judíos contra Cristo* sin acritud para los actuales en cualquier punto del globo en que estuviesen; y después, cuando el autor fue nombrado Secretario sin funciones de Felipe IV, a propósito de un hecho casual³⁶, compuso el roman-

A. Ballesteros, si el «*Liber Judiciorum*» fue traducido por orden del Rey Santo, «y se da como ley municipal a la reconquistada Córdoba», que lo fue en 1236 («*Historia de España*», t. III, 2.^a parte, 2.^a ed., p. 141).

³⁴ En el Decreto de 1492 se exponían, entre otras razones: «El daño que a los cristianos se sigue e ha seguido de la participación, conversación e comunicación, que han tenido e tienen con los judíos».

³⁵ Cierta autor afirma categóricamente que «acredita como antisemita» a Quevedo su opúsculo *La primera persecución de los judíos contra Cristo* (vid. A. Papell: *Quevedo*. Barcelona, 1947, p. 89). E insistirá Caro Baroja sobre la misma apreciación en el t. II de su obra, pp. 40-41, con referencia a *La isla de los monopantos*.

³⁶ Recogemos la información sobre este incidente del Sr. Fernández-Guerra (tomo XLVIII B. A. E. p. 555b): «Habiendo hecho a un crucifijo execrables ignominias ciertos judíos que vivían en la calle de las Infantas de esta corte, y siendo por su delito castigados con fuego en 4 de julio de 1632».

ce que dedicó a la Madre del Crucificado. El, como español que encarnó el espíritu desilusionado de la época³⁷, temía mayores males si el Conde-Duque, quizá dentro de la más justificada ortodoxia política, llegaba a atentar contra el Edicto de 1492, como lo hacían presentir ciertos síntomas.

En la obra *Los judíos en la España moderna y contemporánea*³⁸, primero, y en su artículo en *El Español*³⁹ después, Julio Caro Baroja insiste en la presencia de judíos en tiempo de los últimos Austrias españoles. Sin buscar otras relaciones de este fenómeno con la descomposición imperial de España, no nos sorprende, pues, que don Gaspar de Guzmán recurriese a la colaboración de los «portugueses» para buscar remedio decoroso a las desgracias de aquella España que decaía ostensiblemente en el interior y hacia el exterior, perdiendo la consideración y el respeto de los extraños. Sin duda el Conde-Duque obraba de buena fe al convocar en consejo a los personajes que fulmina Quevedo en la durísima «crónica» que titula *La isla de los monopantos*⁴⁰, donde todo es simbólico y exagerado. Y se le ha culpado de antisemita por su reacción de católico español del momento; al par que se nos quiso ofrecer al valido de Felipe IV, por lo tanto, como criptojudío porque los Conchillos fuesen conversos de Calatayud que servían a la Corona de España desde tiempo de los Reyes Católicos⁴¹. Y hacen al Conde-Duque perseguidor de Quevedo por cuestiones de raza o creencias: uno judío y otro antijudío, ni más ni menos. Don Gregorio Marañón ya apuntó que don Gaspar no fue quien ordenó apresar al literato⁴²; fue «por algo peor», según el propio Quevedo. Lo cierto es que cayó Olivares y el preso

³⁷ En 1621 se mostró «periodista» con los *Grandes anales de quince días*, a raíz de la muerte de Felipe III.

³⁸ Madrid. Arión, 1961, n.º 31.

³⁹ En el n.º de 6-junio-1964 dice textualmente: «...los «portugueses» realizan una intensa penetración. Pero cuando ésta alcanza un volumen enorme es a partir del momento en que Felipe II se anexionó Portugal. Durante el resto de su reinado y en los de Felipe III y Felipe IV, puede decirse que se da una «portuguesización» de España y América».

⁴⁰ Vid. la referencia de Emilio Blanchet: «Quevedo moralista», en *Revista contemporánea*, t. CIII, pp. 154-155. Madrid, 1896.

⁴¹ Vid. Caro Baroja, t. II, p. 16.

⁴² Vid. cap. X de *El Conde-Duque de Olivares*, pp. 107-117. 8.ª ed. Austral, Madrid, 1953.

continuó en León desoído por el rey, que sería quien ciertamente le mandase a San Marcos.

Porque se ha de notar que *La isla de los monopantos* y los pareados del famoso *Memorial* fueron compuestos en el mismo año, como iras conjuntadas para hacer callar definitivamente al escritor que llevó hasta Salónica⁴³ la célebre conferencia, hecho confirmado por otros poemas que se le atribuyen en atentado contra el valido⁴⁴, colgando a nuestro autor todos los denuestos que pudieran haberse pronunciado contra el ministro.

El antisemitismo de Quevedo radica en su oposición airada, pluma en ristre, contra un peligro inminente, que no sabemos si hubiese cuajado, de no lanzarse el literato con todo su empuje y popularidad, siempre con las fundamentadas razones de quien está muy al tanto de los pormenores palaciegos y cortesanos. Entonces saltó su indignación, reaccionando del modo que lo hizo otras veces contra quien él creyó que debía intervenir, fuese *La rebelión de Barcelona*, *Su espada por Santiago*, la *Carta al serenísimo Luis XIII, rey de Francia*, o sus «reyertas» contra Pineda o Montalbán.

Su antijudaísmo era el de la corriente católica española y nada más, pese a coincidir con una cuestión de política nacional. Porque otras apreciaciones suyas sobre los judíos estaban ya vertidas desde tiempo antes en ambas partes de la *Política de Dios*, donde sin entrar en otros pormenores, manifestó abiertamente la recompensa que se recibe del trato con ellos, con ejemplo en la conducta que siguieron con Jesucristo:

«Hicieron burla de El, tapáronle los ojos, escupiéronle,
 »dábanle bofetadas en la cara, y decíanle adivinase quién
 »le daba. Este tratamiento hacen, Señor, los judíos a los
 »reyes que cogen entre manos. Y pues le hicieron a su
 »rey, ¿a cuál perdonarán? Si algo hacen de sus reyes, es
 »burla: abren sus bocas para escupirlos; tápanlos los ojos

⁴³ Vid. la «conclusión» que añade José Amador de los Ríos a su *Historia social, política y religiosa de los judíos de España y Portugal*.

⁴⁴ Cf. el poema *La cueva de Meliso*, mrgo. *Diálogo satírico entre Meliso y don Gaspar de Guzmán*. (Poesías atribuidas, t. LXIX B. A. E., p. 547), con las notas correspondientes, n.º 25 y 26 de la *Apología póstuma contra el Tarquino español Conde-Duque de Olivares* (p. 554b).

»porque no vean. Si les dan, son afrentas y bofetadas ;
 »quítanles la vista, y dícenles que adivinen... Bien se co-
 »noce que los judíos son los ciegos. El peligro, Señor,
 »está en los reyes de la tierra, que si se dejan coger y ta-
 »par los ojos, no adivinan quién les escupe, y los ciega
 »y los afrenta... Todos los malos ministros son discípulos
 »de estos judíos con sus príncipes...»⁴⁵.

Proporciona la mejor lección de buen gobierno deducida de las enseñanzas que la vida y pasión de Cristo brindan ; y apuntaba a un objetivo muy concreto⁴⁶, presentando a los mismos judíos del Evangelio y sus instituciones: hebreos⁴⁷, rabíes⁴⁸, doctores⁴⁹, sacerdotes y ancianos⁵⁰, escribas⁵¹, su Templo⁵² y sus sinagogas, mencionadas frecuentemente en la obra quevedina.

En cuanto a la producción satírica del autor, ofrece a los judíos como elemento de contraste en los *Sueños* y *La hora de todos* ; más sus frecuentes alusiones en la abundante obra en verso, como en el romance XXXV :

«hay melancólicas muchas,
 que lloran más que un judío»⁵³.

Quevedo, muy agudo de vista para distinguir la ciencia y el tesoro del saber judaico, fue en el aspecto que consideramos un español de su tiempo, y en su dilatada producción distingue perfectamente los contrastes que la mentalidad judía atesora en su larga pervivencia. Pueblo predilecto de Dios, depositario de la lengua santa, se muestra intransigente ante la ceguedad de la aristocracia intelectual y religiosa judía que no supo identificar al Re-

⁴⁵ P. D. 2.^a V. 52.

⁴⁶ Nótese que la 2.^a parte de la *Política de Dios* fue dedicada a S. S. Urbano VIII ; mientras que la 1.^a fue al rey Felipe IV y su valido.

⁴⁷ P. D. 1.^a II, 12a.

⁴⁸ P. D. 1.^a II, 12a.

⁴⁹ P. D. 1.^a II, 13b.

⁵⁰ P. D. 1.^a II, 13b.

⁵¹ P. D. 1.^a II, 12a ; y P. J. 367a.

⁵² P. D. 1.^a II, 12a y 13b.

⁵³ P. 485, p. 179a.

dentor de la humanidad; y colma su indignación sobre todo en la persona de Judas, con el que compara a los malos ministros.

Por lo demás, D. Francisco de Quevedo, contumaz polemista, exasperado ante la situación social del país y sospechando con mucho fundamento que pudiese negociarse con judíos, portugueses o no, para sacar a flote los negocios públicos de España, reaccionó de modo vigoroso para, en su manía de «vaciar por la lengua» cuando algo iba contra sus convicciones personales, hacer llegar a destino, en 1639, su *Memorial* al rey Felipe IV y divulgar la alegórica *Isla*. Fueron razones relativas al bien común las que le llevaron en sus últimos años a lanzarse contra ciertos proyectos políticos, en el colmo de su desesperación frente a males nacionales que veía sin remedio.

Pascual Pascual Recuero

GLOSA

El Dr. Pascual Recuero pone de relieve en el artículo precedente los sentimientos que palpitan en las obras del inmortal polígrafo D. Francisco de Quevedo con respecto a los judíos, a siglo y pico de distancia de la expulsión, coincidentes de un modo global con el sentir difundido por aquellos tiempos y siglos después en la gran masa del pueblo español. Hay que advertir, no obstante, que un espíritu tan sutil y observador como Quevedo, bien relacionado, por otra parte, con personajes de las más altas esferas políticas y sociales del país, no solamente conocía a fondo los sentires del pueblo, sino que dispondría asimismo de certera información acerca de rumores, proyectos, confabulaciones más o menos secretas y de variable fundamento, que no trascendieran a la luz pública y ámbito popular.

Comoquiera que sea, el contraste con el Príncipe de nuestros ingenios no puede ser mayor, dado que en las obras de Cervantes, amplias y variadas, reina en torno al tema judío un piadoso silencio, que no pasó inadvertido y ha sido hondamente agradecido por la delicada sensibilidad sefardí.

Como datos para el estudio de todo el complejo ideológico y

sentimental de nuestros grandes escritores de los siglos XVI y XVII, resulta de máximo interés una ojeada general sobre sus obras encaminadas al atisbo de su actitud espiritual ante el tema judaico. Es la que ha conseguido en su atinado estudio el Dr. Pascual Recuero y esperamos haga lo propio con algunos otros primates de nuestra literatura de la indicada época áurea. Tal prospección es utilísima asimismo para sopesar la evolución, a través de los siglos, en las ideas y sentimientos de un pueblo, pero sobre todo de su flor y nata espiritual, los escritores que mejor le representan, al par que le educan y orientan.

Tres siglos después de Quevedo, un escritor español, de reconocida raigambre sefardí, Rafael Cansinos Assens, ponía en boca de los sefardíes esta amarga reconvención dirigida a los españoles: «No hay antisemitismo, porque no hay semitismo. Nos habéis olvidado, y eso es lo más triste. Nos quemasteis, nos expulsasteis tan completamente, que ya nada nuestro queda en vuestro corazón...»¹.

Aun descartando lo exagerado de la recriminación, es evidente se señala una actitud diametralmente opuesta a la anterior. Pero hoy, al cabo de varios lustros de positivos e innegables esfuerzos en pro de un acercamiento y amigable actitud hacia los antiguos «españoles sin patria», patentes en todos los órdenes de la vida española, las cosas han cambiado, y a la vista están los frutos que va dando la confraternidad judeo-cristiana y judeo-española, aun antes de que el Concilio Vaticano II dictara sus normas de comprensión, caridad y afabilidad con los adeptos de otras religiones no-cristianas, señaladamente los judíos.

D. G. M.

¹ *Los judíos en Sefard.* Buenos Aires, 1950, p. 144.